Juebreverías

Nanorrelatos para leer cualquier jueves de la semana

RAFA OLIVARES

Luzia

A los tripulantes del Camarote,
entusiastas degustadores y alentadores
de Juebreves y Amaneceres.

A Lola, incondicional con genio,
a Olmo y Aitana, pedigüeños con gracia,
a Luz, Kilian y Yago, motores de vida.

Lo maté porque era de Vinaroz.

—MAX AUB

Notas del autor

Juebreverías

Es una recopilación de *Juebreves*. *Juebreve* es un acrónimo de las palabras Jueves y Breve, constituye una narración perteneciente al subgénero del nanorrelato que cumplen tres requisitos:

- Su extensión no supera los caracteres de un tuit, esto es, entre 40 y 50 palabras.
- La frase de inicio se corresponde con una de las propuestas semanales del concurso Relatos en Cadena, de la SER. En este libro están destacadas en ***negrilla y cursiva***.
- Ha sido compartido por el autor en el Camarote Microrrelatista, grupo de WhatsApp compuesto por locos de las letras, cada jueves en el que se cerraba la convocatoria del concurso.

Cuenta 140

Así denominado el concurso que, durante años, promovió la revista El Cultural, del diario El Mundo, y que, por cierto, también cerraba su convocatoria el jueves de cada semana. Los relatos debían estar referidos al tema propuesto cada semana y su extensión no sobrepasar los 140 caracteres. Tomando como título el tema propuesto, en esta publicación se recogen aquellos en que resultó ganador el autor.

Amaneceres

Entre las páginas de este libro se intercalan fotos de amaneceres mediterráneos tomadas por el autor. Son fotos que, a diario, comparte en el Camarote Microrrelatista y que aquí pretenden servir de respiraderos. Forzar al lector a pausas para evitar la indigestión por empacho de *Juebreves*, que puede ser peor que el de trasegar al estómago dos docenas de brevas.

Y un caligrama

¿Y por qué aparece aquí un caligrama? Pues por tres razones:

- Tiene la extensión adecuada para no desentonar.
- Parece que va bien para cerrar el libro.
- No sabía qué hacer con él.

Prólogo

J

Ni hoy es jueves ni seré breve

Los más insignes galenos de la palabra han buscado desde tiempos inmemoriales la receta de la felicidad. El que estuvo más cerca de encontrarla fue el gran Ireneo Ripalda, natural de Vinaroz. La mañana en que gritó «Eureka», los vecinos, alarmados por tal expresión, entraron en su casa y lo mataron de una sobredosis de palazos en la cabeza. Se trataba de una práctica habitual en aquel pueblo, por lo que nunca fue visto como una rareza lo de matar a alguien allí. El motivo más común era... porque sí, sin más. Después, quemaron su casa por si se había vuelto loco, como Alonso Quijano, por culpa de la literatura que encontraron esparcida por todas las habitaciones, y tiraron sus cenizas al agua. Antes, Ireneo quiso reclamar su derecho a ser enterrado bajo tierra, por lo de resguardarse del viento y evitar más de un resfriado, pero no lo escuchó ni Dios.

Sus restos quedaron flotando en el Mediterráneo, al ritmo de la cadencia de las olas, suspirando por no haber podido culminar su trabajo por un pelo, o, mejor dicho, por un grito. No obstante, siempre fue un hombre paciente y esperó el momento oportuno para comunicarse con la persona indicada. Mientras, siguió meditando en su receta de la felicidad, recordando sus apuntes, los pasos que siguió en su laboratorio de letras y en las mejoras que podía introducir. Desde luego tuvo tiempo de pensar, mucho, casi una eternidad.

Pasaron años, lustros, siglos, hasta que, al fin, observó a un hombre que, cámara en ristre, se situaba frente al mar cada mañana, hacía un par de retoques al paisaje y dejaba inmortalizado un amanecer más bello que el que le proporcionaba el horizonte. Sin dudarlo un momento, lo bautizó como el «Creador de amaneceres». Se acostumbró a verlo todos los días realizando sus arreglos, y decidió enviarle señales con la espuma del mar. El Creador las captaba, se inspiraba con el salitre e imaginaba historias que escribía en una libreta. La llenó de cientos de relatos muy breves, llenos de ingenio, que luego copiaba en un extraño artilugio que hacía funcionar

con sus dedos y que teletransportaba, junto con sus amaneceres, a un lugar llamado «Camarote». Una vez que se convenció de que había encontrado a la persona que buscaba, el bueno de Ireneo descansó en paz y se murió del todo, no sin antes decirme que aquel tipo se llamaba Rafa Olivares.

El Maestro Olivares traía ya desde que nació el talento bien amueblado en su cabeza. De ahí que no tuviera ninguna dificultad en atrapar la inspiración de las olas y ponerla a disposición de su pluma. Baltasar Gracián dejó escrito en su obra «El Oráculo manual y arte de prudencia» que lo bueno, si breve, dos veces bueno. Si las matemáticas no me fallan, y el refrán es cierto, lo hiperbreve, si bueno, hiperdós veces bueno, siendo este un número imaginario que tiende a infinito.

A los que van a tener la suerte de zambullirse en esta obra, os diré que el género que encontrarán aquí es el más complicado del mundo literario, siempre que se realice con maestría, y si lo escribe el Maestro Olivares resulta un género más que disfrutable. Es fundamental avisarles de que una parte importante de estos relatos tan breves es el título, y los de Rafa encajan

como un guante. Forman parte indispensable de la historia, no lo olviden. No puedo hablarles de alguno en concreto sin destripar su argumento, así que solo diré que notarán cómo, con muy pocas palabras, a veces con una sola, es capaz de girar los principios dejando una sensación de sorpresa, satisfacción y alegría en sus finales.

En este bello envoltorio os ha dejado el Maestro 260 *Juebreves*, cuyo nombre se debe a la brevedad y a que los pare los jueves, así como 16 *Cuenta 140*, presentados y premiados en el concurso del mismo nombre, un *Caligrama*, que culmina en todo lo alto esta obra y, entre todo lo señalado, 15 de sus amaneceres, no de los que se ven, sino de los que crea cada mañana con sus manos, al alba, como diría el inolvidable Luis Eduardo Aute, para que no os falte ningún detalle de su arte.

Las indicaciones para que esta obra haga el efecto deseado son las siguientes: lean 20 *Juebreves* al ritmo que el cuerpo les pida y respiren contemplando un amanecer. Descansen pensando en ellos y, cuando se sientan preparados, continúen de igual manera hasta acabarlos. Si han sonreído en cada toma,

buena señal, el tratamiento estará dando sus frutos. Es peligroso dejarlo de golpe, por lo que después de los Juebreves, han de seguir con los 16 *Cuenta 140*, el último amanecer, y finalizar la dosis completa con el *Caligrama*. Este han de beberlo con mucha agua. Si me hacen caso, notarán que el Maestro Olivares no solo crea amaneceres, también es el Creador de la receta de la felicidad. Y ahora, a disfrutar…

PABLO NÚÑEZ



Juebreverías

Funambulismo

Nos lamentamos, hipócritas, de no haberlo visto venir, pero no debimos ensayar, con los ojos vendados, sobre los raíles del tren.

No tan difícil

Alguien ha empezado a tirar del hilo hasta desenhebrarla. Entonces ya sí. Sin traba y sin necesidad de vaselina, el camello, tampoco muy grande, pasa holgadamente por su ojo.

Inaudito

Ella no tiene habilidad ninguna para recogerse el pelo ni para maquillarse con gracia. Bueno, pues ahí está, ¡presidiendo el Consejo de Ministros!

Sobredosis

Hoy parece que ella tiene la voz todavía más dulce que ayer. Humm... quizás demasiada miel con el cianuro.

J

Incomprensión

Empezó a pensar en un nuevo teorema sin atender las quejas de su esposa: ¡a ver cuándo dejas esas tonterías y haces algo de provecho, Pitágoras!

Pragmatismo

El mensaje era claro, conciso, breve y letal: no insistas, decía, no puedo ver ni oler tus flores. En redondilla blanca sobre la lápida negra.

El último

Sin saber por qué, le di un puñetazo. Sorprendentemente, él, mi esposa y todos los demás, sí parecían conocer el motivo.

Peticiones razonables

Inmediatamente pedí que cerraran la tapa del ataúd. Resultaban ya cansinas sus súplicas de una segunda opinión.

J

Provocación

Usted es el primero que la abre. Antes lo intentaron, infructuosamente, más de tres mil personas. Y ahí seguía, con esa humillante etiqueta de «abrefácil».

Bebidas a menores

Le faltarán, al menos, un par de centímetros para alcanzar la barra del Trapecio, el bar de la esquina. A pesar de sus cuarenta años, nunca le sirven si no va acompañado.